

Martínez Mazzola, Ricardo Hernán

Continuidad o ruptura. Juan Carlos Portantiero piensa la herencia del populismo

V Jornadas de Sociología de la UNLP

10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Cita sugerida:

Martínez Mazzola, R.H. (2008). Continuidad o ruptura. Juan Carlos Portantiero piensa la herencia del populismo. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6224/ev.6224.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Continuidad o ruptura. Juan Carlos Portantiero piensa la herencia del populismo

Ricardo Hernán Martínez Mazzola (CONICET-UBA-UNSAM)

Desde el nacimiento de la sociología política, los partidos socialistas han constituido un objeto privilegiado de análisis.¹ En Argentina, en cambio, el Partido Socialista no ha recibido una atención comparable y los abordajes de su historia estuvieron, hasta los años 70', dominados por la disputa entre una mirada apologética y otra acusatoria. Sólo en los últimos años se ha comenzado a dejar atrás estas miradas para avanzar tanto en el análisis del Partido Socialista -sus formas organizativas, sus relaciones con otros actores políticos y sociales- como de las posiciones de su líder Juan B. Justo.

Es dentro de esa renovación que se sitúa buena parte de los esfuerzos emprendidos por Juan Carlos Portantiero en sus últimos años, momento en que produjo su libro sobre Justo y también una serie de artículos sobre la historia del socialismo argentino en el período posterior a 1930. Sin embargo, y aunque el análisis específico de la tradición socialista argentina es un rasgo que se intensifica en los últimos años de la trayectoria de Portantiero, el abordaje de dicha tradición, y en particular su difícil relación con la matriz populista, son no deja de encontrar antecedentes en algunas estaciones de su recorrido previo. Son dichas estaciones, –que refieren no sólo a su recorrido académico sino también al político- las que nos proponemos revisar en esta ponencia.

Los dos tiempos de “Pasado y Presente”

El punto de partida será su experiencia dentro del grupo que editaba la revista “Pasado y Presente”. Desde el comienzo la revista dirigida por Aricó se destacó por asignar a la dimensión histórica un lugar relevante en el análisis de los procesos sociales y políticos. Ya el Editorial que abría el primer número planteaba que para evitar la falsa polaridad entre “la santificación total de la acción política pasada y su execración total” era necesario analizar el pasado a partir de las nuevas experiencias, valorar los éxitos o los fracasos de la acción pasada “ajustándose a un método rigurosamente autocrítico y plenamente historicista” (Aricó, 1963: 5). Sin embargo ese pretérito que una nueva conciencia histórica orientada

¹ El caso paradigmático es el del “partido faro” de la corriente, el *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (SPD), en el cual se fundó la célebre “ley de hierro de la oligarquía” de Michels y que recibió la atención de autores clásicos como Weber, Duverger y Roth. El SPD continuó siendo abordado por cientistas sociales contemporáneos de la talla de Offe, Przeworski, Panebianco y Lidtke.

desde el presente permitiría penetrar, y así superar, no parecía ser para los miembros de la revista el de la larga tradición de las izquierdas argentinas, sino ese “pasado más reciente” que se abría abre con las transformaciones de los años 30 y, principalmente, con el ascenso del peronismo. El corte señalado en este primer Editorial sería también el adoptado por Portantiero (1963) en el artículo, “Política y clases sociales en la Argentina actual”, que lo seguía, texto en el que “lo actual” remitía al período posterior a 1955, y sus antecedentes se remontaban a la ruptura de los años 30’.

Por otra parte cuando desde PyP discutiera con la mirada de la izquierda sobre la historia el referente serían sus viejos compañeros del PC y no los socialistas.² Es el caso de un artículo publicado en el N° 5-6 en el que Portantiero realiza un duro comentario de un libro de Marianetti, el que mostraba que la lectura del pasado no era para los comunistas argentinos “sino, una suerte de prólogo, necesario, justificador de su teoría política” (PyP, 5-6, pág 85). Portantiero se detiene en las páginas que Marianetti dedica a justificar la participación comunista en la “Unión Democrática” señalando que en ningún momento en sus análisis el peronismo es explicado por razones concretas del desarrollo económico, social y político argentino, sino que se lo ve meramente como “un capítulo más de la lucha entre el dualismo ‘civilización’ y ‘barbarie’ transfigurado en ‘democracia’ y ‘naziperonismo’” (Portantiero, 1964: 85)

Como excepción con respecto a la ausencia de miradas acerca de los primeros años de la historia de la izquierda y el movimiento obrero podemos debemos mencionar que en su N°5-6 PyP publicó en su sección Documentos, un texto extraído de la revista *Argumentos*, “La Asociación Internacional de Trabajadores en la Argentina”, en el que Faustino Jorge (1964)

²La polémica con la mirada comunista sobre la historia ya se había expresado en un artículo en el que Carlos Sempat Assadourian cuestionaba la mirada que sobre la historia de España presentaba el libro de Leonardo Paso “de la Colonia a la Independencia Nacional” al que juzgaba cargado de errores y anacronismos considerándolo, tal como reza el artículo de PyP, “una agresión a la historia desde el marxismo” (Assadourian, 1964)

La discusión con la perspectiva del PC también estaría presente en un texto publicado en el último número de esta primera etapa de la revista en el que Aricó, refiriéndose al importante conflicto que en esos días tenía lugar en la fábrica FIAT de Córdoba, cuestionaba la incomprensión que el PC habría tenido, desde la década del 30, respecto a las modificaciones del nexo industria-sociedad. Esa incomprensión habría derivado en “su concepción arcaica y anacrónica del arco de las alianzas para la revolución en la Argentina (del proletariado a la burguesía nacional!)”. Aricó agrega que el aislamiento de los comunistas, y también el de las fuerzas de la izquierda no comunista, no podría explicarse “sin hacer mención al distanciamiento cada vez más profundo que a partir de la década del 30’ se fue abriendo entre la realidad económico-social y el pobre esquema conceptual que utilizaban los marxistas para interpretarla” (PyP, N° 9, p. 47)

analizaba los primeros pasos del movimiento obrero en la Argentina. El análisis concluía en los años 80', sin ingresar en el período fundacional del PS. Ese período sería analizado por José Ratzer (1969) en el libro "los marxistas argentinos del 90'" libro que fue publicado como por "Pasado y Presente" en 1969. Ratzer - que había sido antiguo compañero de Aricó y Portantiero en la Federación Juvenil Comunista, para luego convertirse en uno de los fundadores del Partido Comunista Revolucionario- señalaba, en clara analogía con el proceso que observaba en el Partido Comunista, el abandono que, a partir de la consolidación del liderazgo de Justo, el Partido Socialista habría hecho de las posiciones marxistas que habrían caracterizado a figuras como las de Germán Ave Lallement y Augusto Kühn.

"Pasado y Presente" deja de publicarse en septiembre de 1965. Portantiero retoma sus estudios de sociología y, a poco de recibirse, es convocado por Miguel Murmis a colaborar en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato di Tella. Resultado de esa colaboración serán los dos artículos que integran los célebres "Estudios sobre los orígenes del peronismo" (Murmis y Portantiero, 1971), texto que no sólo, como tantas veces ha sido dicho, plantea un importante cambio en las interpretaciones acerca de ese movimiento político sino que, creemos, anticipa posteriores apuestas políticas de Portantiero.

El segundo trabajo, sin dudas el más célebre, se proponía romper con una imagen arraigada, la del peronismo como el resultado de la aparición en escena de una nueva clase obrera sin vínculos con la que desde principios de siglo se identificaba con posiciones de izquierda. Esta imagen era postulada tanto desde los partidos de izquierda -que explicaban su adhesión al peronismo por su inmadurez que había hecho posible la manipulación- como desde el propio peronismo -que veía en su novedad como incontaminación y fundaba en ella su carácter rebelde. Esta imagen había alcanzado sede académica en los trabajos de Germani que fundaban el peronismo en la adhesión de estas masas en situación de disponibilidad que se habían incorporado a la vida política detrás de un liderazgo, el de Perón, que, Germani reconocía, les había otorgado bienes simbólicos y materiales pero, lamentaba, a cambio de su subordinación.

El principal aporte del texto fue cuestionar estas miradas que, con distintas valoraciones, planteaban una frontera absoluta entre vieja y nueva clase obrera. El punto de partida fue señalar que la organización obrera previa al peronismo no había sido tan exigua como algunos planteaban y, lo que era más importante, que su crecimiento no había sido explosivo

en el período 43-46, el de los “orígenes” del peronismo. Esto llevaría a los autores a plantear que hasta 1946-47 “las orientaciones del movimiento obrero estaban fuertemente ligadas con la secuencia anterior” y a señalar que desde los 30 existía en el movimiento obrero un sector favorable a una alianza con el Estado y los propietarios industriales si esta revertía un proceso de crecimiento basado en la explotación creciente del trabajo. Es así que relevaron la evolución del movimiento obrero en los 30’ señalando como a un período de paralización había seguido otro, después de 1935, de fuerte movilización pero generalmente signada por derrotas. En junio del 43 el gobierno militar encontraría a un movimiento obrero movilizado pero con demandas insatisfechas. Un sector del movimiento obrero -sobre todo la CGT 1 y la USA-, establecería un contacto importante con un gobierno que satisfacía algunas de esas demandas, acuerdo que sería planteado en términos de “autonomía reformista”. Esa voluntad de autonomía encontraría su expresión en la fundación del Partido Laborista, en el que los dirigentes gremiales creerían encontrar la solución a la cuestión de la relación con la política que los había atormentado previamente, particularmente a los socialistas, el grupo de más influencia en los 30. Esa influencia no se había desvanecido totalmente y durante 1945 se establecería una lucha entre quienes querían apoyar a la Unión Democrática y quienes querían apoyar a Perón. El vuelco final a favor de este, señalan los autores, se daría como reacción obrera ante una amenaza contra sus conquistas reivindicatorias. El apoyo al peronismo ya no era visto como resultado de la adhesión patológica de obreros inmaduros sino como corolario de la decisión racional de activistas obreros sustentados en una larga experiencia gremial.

En este punto la argumentación se encontraba con la del primer artículo³ al señalar que los que se había dado no era una “integración” fruto de la manipulación sino una alianza de clases entre los obreros y los industriales interesados en la consolidación del mercado interno -sector que había sido protegido por la guerra y que temía perder posiciones al final de esta. El planteo no sólo innovaba en las lecturas del peronismo sino que cuestionaba su asociación automática con otros fenómenos populistas. Así marcaba que a diferencia de lo sucedido en Brasil en Argentina la intervención estatal había sido precedida por la existencia de un fuerte movimiento sindical y el nuevo régimen debió aceptar la existencia de los sindicatos como mediadores con el poder político. Aún subordinados, estos sindicatos no dejarían de tener un papel durante el gobierno peronista, papel que se haría central luego de su caída en el período de la “resistencia”.

Y aquí podemos volver a la apuesta política de Portantiero. Una lectura que no leía la experiencia peronista como un rayo en cielo claro sino que la interpretaba a la luz de necesidades nacidas de la historia de la clase obrera, permitía pensar que- así como el peronismo se había fundado sobre una hibridación de la cultura obrera de izquierda- tal vez fuera posible una nueva hibridación que, sobre el suelo peronista, diera a las fuerzas de izquierda un nuevo papel. El peronismo no era así lo otro de la izquierda respecto de la cual el paso a una identidad socialista sería una ruptura sino un sustrato de experiencia popular sobre el que se debería trabajar. A riesgo de anacronismo la apuesta se podría sintetizar en estas líneas, provenientes del Editorial que abría el primer número de la nueva época de “Pasado y Presente”:

³ El primero de los textos, titulado “Crecimiento industrial y alianza de clases en Argentina”, aborda cómo las políticas estatales de los años 30’ hicieron posible una alianza de clases que reunió a los hacendados más poderosos, los invernadores, con los propietarios industriales. El punto de partida era destacar que la crisis del 30’ tuvo en todo el mundo como efecto el aumento de la autonomía estatal, agregando que la especificidad argentina había sido que la respuesta a la crisis se dio en el marco del predominio de las fuerzas conservadoras que representaban de los hacendados más poderosos. Los invernadores, que gracias a la firma del pacto Roca-Runciman se habían asegurado el acceso al mercado británico serían quienes controlarían el Estado en los años 30. Desde el Estado impulsarían el desarrollo de una industria liviana que permitiera substituir las importaciones y llevarlas al nivel de las disminuidas exportaciones, lo que les permitiría una alianza de clases con los propietarios industriales. La política de substitución de importaciones era una respuesta a la crisis pero además tenía a los ojos del sector dominante de los terratenientes ampliar las bases de sustentación de su dominación incorporando en posición subordinada a los industriales para enfrentar a los criadores perjudicados por el pacto Roca Runciman – quienes apelaban a un discurso librecambista y bregaban por una solución multilateral que les abriera nuevos mercados- cuyas críticas encontrarían expresión en el radicalismo. Los autores destacan que una tercera posición posible, la de un programa de crecimiento por iniciativa autónoma de los sectores medios emergentes de origen industrial no alcanzó en el período formas institucionales permanentes concluyendo que en los años posteriores tendrían el Ejército y la burocracia estatal en los procesos de incorporación de las clases no propietarias.

“Es necesario impulsar el desarrollo de la conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional popular...Se trata de articular una dialéctica correcta entre movimiento de masas y prácticas socialistas, que no niegue que el punto de partida político de los grandes sectores populares en la Argentina no es la ‘virginidad’ de que hablaba Lenin, sino la adhesión al peronismo” (PyP, 1973: 20-21) Ese Editorial refundacional se titula “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”. En la descripción de esta “larga marcha” – consigna que, a pesar de las resonancias maoístas, refiere al prolongado de construcción hegemónica necesario en sociedades complejas – no hay referencias a la tradición casi centenaria de las fuerzas socialistas⁴ sino que, haciéndose cargo de la cisura planteada a partir del surgimiento del peronismo plantea la necesidad de “impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional-popular” (PyP, 1973: 20) Como se continúa planteando “la historia de la clase obrera hacia su autoconciencia se funde con la del movimiento nacional-popular” (PyP, 1973: 21)

El planteo es complejizado en el artículo Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” que, en ese mismo número, publica Juan Carlos Portantiero (1973). El texto es un sutil análisis que, luego de señalar las asincronías entre las transformaciones estructurales y el nivel político-social, se detiene en los avatares de la “Revolución Argentina”, plantea la heterogeneidad presente en las fuerzas del FREJULI, subrayando que en las mismas se encontrarían no sólo quienes se movilizan por el socialismo y quienes buscan un capitalismo nacional, sino que también habría quienes actuarían como “cuñas larvadas del capitalismo monopolista”. Como se puede ver el juicio dista de ser acrítico, sin embargo la evaluación del resultado de las elecciones que el 1 de marzo dieron el triunfo a la fórmula Cámpora-Solano Lima es positiva:

“Para las clases populares, el proletariado en primer lugar...significa el pasaje a una nueva etapa de lucha, que libraré, obviamente, en condiciones mucho más favorables que las existentes desde 1955. Cualquier recrudecimiento de la crisis tiene, ahora, un dato suplementario, inexistente a mediados de los años 60: la presencia de un nuevo movimiento social que, desde diferentes tiendas organizativas, pero básicamente ahora desde el interior del sistema político, plantea una redefinición de las salidas políticas en términos de su adecuación con la contradicción social básica generada por el desarrollo del capitalismo monopolista dependiente en la Argentina” (Portantiero, 1973: 64)

⁴ Por otra parte, cuando en el siguiente número de “Pasado y Presente” Portantiero prologa un texto de John William Cooke cuestiona el modo en el que el PC argentino plantea su vinculación con el peronismo señala la importancia dada al PC como el principal rasgo anacrónico de un artículo escrito una década antes. Con respecto a las críticas que Cooke hacía a Palacios y al PSA, Portantiero ni siquiera se pronuncia.

El apoyo de “Pasado y Presente” a la fórmula peronista era hecho explícito por la publicación de un documento en el que la “Comisión de apoyo y movilización” convocaba, en clara contraposición con otras agrupaciones de izquierda que propiciaban otras alternativas electorales, a apoyar la fórmula del FREJULI. Tal apoyo se fundaba en la consideración de que el peronismo era la forma política que asumía la clase obrera en su lucha por transformar la sociedad; por lo que dicha fuerza era, se afirmaba, un momento necesario del proceso revolucionario argentino. A continuación se explicaba que por la agudización de la crisis – que había hecho emerger, dentro y fuera del peronismo, grupos revolucionarios que sostenían la necesidad de una transformación socialista- el peronismo estaba transformándose “de un movimiento nacional y popular acaudillado esencialmente por la burguesía nacional en un movimiento cuyos objetivos fundamentales son la revolución socialista y al que encabeza el proletariado.” (Comisión de apoyo y movilización, 1973: 142) Por ello, se afirmaba, el proletariado no necesita “dejar de ser peronista para convertirse en revolucionario, porque el movimiento peronista es parte de ese proceso revolucionario como tal “(Comisión de apoyo y movilización, 1973: 142)

El texto planteaba una fuerte continuidad entre movimientos nacionales y populares y socialismo, y cuestionando el sentido derogatorio con el que, desde sectores de izquierda que no apoyaban la fórmula peronista se apelaba al término “populismo, concluía que:

“la izquierda que no vote con la clase obrera peronista le hace le juego, objetivamente, al gobierno en su lucha contra la clase. En este caso la izquierda prefiere un voto pragmático, ajeno a la realidad, en lugar de un voto clasista. Y en esto reproduce el viejo esquema de la izquierda burguesa “idealista” culta, que siempre estuvo al margen de una clase obrera inculta, “populista” (Comisión de apoyo y movilización, 1973: 143)

Si años después, en un célebre artículo que puede verse en buena parte como un ajuste de cuentas con la propia historia, Portantiero y De Ipola cuestionarán fuertemente esta continuidad, ya en el número siguiente de la revista la misma es hecha objeto de interrogación. Así el breve texto que presenta los temas del nuevo número señala que la “crisis de julio”, implicada con la renuncia de Cámpora, que desplazó de la lucha de clases al interior del movimiento peronista hacía necesario volver sobre

“viejos problemas como el de la relación entre la constitución de un bloque de fuerzas antimonopolistas y el desarrollo e la hegemonía obrera en el mismo, o dicho de otro modo, el proceso de continuidad-discontinuidad que se establece entre el nacionalismo popular y el socialismo en los países dependientes” (PyP, 1973b: 177)

El argumento es ampliado en el largo Editorial en el que, luego de señalar las características que debía reunir una organización política capaz de vivir en el movimiento de masa y a la vez influir sobre él, señalaba que esos requisitos permitían afirmar que sólo al se daba “un proceso válido y significativo de agregación política revolucionaria”, lo que llevaba a concluir que “hoy la posibilidad del socialismo atraviesa el movimiento peronista y sobre las espaldas de los peronistas revolucionarios recae la responsabilidad de que esa posibilidad no se frustre.” (PyP, 1973c: 192)

Pero las expectativas depositadas en el “peronismo revolucionario” se verán duramente defraudadas. El movimiento peronista no permitiría el paso al socialismo y su heterogeneidad interna daría lugar a un estallido de violencia política. La dictadura que pondría fin a la experiencia peronista llevaría adelante la más sistemática y cruenta política represiva de la historia argentina, y Portantiero se vería forzado, como buena parte de los integrantes del grupo “Pasado y Presente”, a emprender el camino del exilio.

Los años mexicanos

El destino elegido sería México, lugar en el que emprendería, junto a sus viejos compañeros de ruta y en diálogo con intelectuales provenientes de otras experiencias políticas, una profunda reevaluación de su bagaje intelectual. En México profundizó su abordaje de la obra de Antonio Gramsci, y también acentuó su inserción en el mundo académico, incorporándose a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), y publicando en la *Revista Mexicana de Sociología* el artículo “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”.⁵

Pero, al igual que en períodos anteriores, la reflexión de Portantiero no sería un proceso solitario sino colectivo. En 1979 un grupo de intelectuales socialistas, del que formaba parte Portantiero junto a otros antiguos integrantes del grupo “Pasado y Presente”, confluyó con otros provenientes de la tradición peronista para crear una revista de debate intelectual. La revista, que adoptó el nombre emblemático de “Controversia” y fue dirigida por Jorge Tula, se convirtió en foro de discusión acerca de las experiencias políticas de los años 60 y 70’s.

⁵ En el texto, que propone caracteriza por un análisis estructural que “atiende casi exclusivamente a las relaciones de fuerza en el interior de la clase dominante” (Portantiero, 1977: 563) ya no hay ilusiones respecto a un posible desemboque socialista de la experiencia peronista. El objetivo de esta habría sido simplemente romper la situación de “empate” entre las clases dominantes apoyándose en la burguesía urbana nacional y, aún teniendo en cuenta ese fin limitado, habría fracasado.

De los múltiples debates suscitados en sus páginas aquí nos detendremos en el que abordaba la relación entre socialismo, movimientos movimientos nacional-populares y democracia.

“Controversia” sale a la calle en octubre de 1979 y en su primer número incluye un artículo en el que Portantiero (1979a) aborda la relación entre “proyecto democrático y movimiento popular”. Partiendo de la afirmación de que la democracia no surge de la lógica estructural del capitalismo sino que es conquista de las luchas populares, liga el concepto de democracia al de hegemonía, pensando “la lucha política de clases” como lucha entre proyectos hegemónicos que buscan apropiarse del consenso de la mayoría. Sin embargo, esta consideración sólo abre a un segundo problema: el de si la democracia es un conjunto de reglas o si es una ideología. Señala que esta disociación fue crucial en los treinta, marco en el que surgen los movimientos nacional populares, agregado que

“como propuesta ideológica, los populismos son antagónicos a la democracia formal, esto es a la democracia entendida como conjunto de reglas. Sin embargo, encarnan en la experiencia histórica de las masas procesos de democratización fundamental, medidos como ampliación de la participación” (1979a: 6-7)

El peronismo es, y aquí hay un punto de continuidad con los planteos de Pasado y Presente de comienzos de los setenta, “el referente histórico más importante de la productividad política de las clases populares argentinas”. Pero, a esta consideración, Portantiero agrega dos puntualizaciones, por un lado que la “democratización sustantiva” que implica el peronismo no disimula sus carencias nacidas de surgir de una “transformación realizada (o por lo menos absorbida) desde lo alto, cargada de elementos estatistas y no societalistas, orgulloso de sus formas políticas autoritarias y verticales”. Vemos aquí uno de los rasgos que, aunque prefigurado en el conciliarismo de los años de “Pasado y Presente”, se acentuaría en el pensamiento de Portantiero a partir de los años del exilio: su crítica a la primacía del estatismo no sólo en la tradición populista sino también en la propia tradición socialista.

El segundo elemento que Portantiero subraya, marcando un cambio con sus posiciones previas, es que “la historia del pueblo no comienza en 1945”. El comentario habilita a la búsqueda, en los procesos de constitución de las clases populares argentinas, de los motivos que explicarían que las tradiciones populares argentinas –a diferencia de las chilenas o uruguayas- disociaran democracia sustantiva y democracia formal. Señala que durante mucho tiempo el término “liberalismo” fue propiedad de la oligarquía económica y política, agregando que “la primer etapa de constitución de las clases populares (1890-1930) se

caracterizó por la escisión entre las izquierdas (socialismo y anarquismo) y el radicalismo yrigoyenista, como bases para un proyecto de democratización, liderado por este último.”

Sin embargo, a pesar de las referencias a la importancia de la historia anterior, el planteo de Portantiero sigue señalando la presencia de una cisura decisiva en la historia argentina: la década del 30'. La reacción conservadora que en ella se habría impuesto plantearía la posibilidad de establecer una hegemonía burguesa al estilo europeo, bajo la forma de un liberalismo ampliado, lo que abrió el juego a tres posibilidades de solución democrática: entre democracia y liberalismo, planteada por los radicales, entre democracia y socialismo, planteada por los diferentes “frentismos de izquierda”, y, la que finalmente se impuso, entre movimiento nacional-popular y democracia. A partir de este punto, radicales y socialistas se subordinaron al liderazgo del liberalismo oligárquico, en tanto -sostiene Portantiero con una dureza que daría lugar a las respuestas de los intelectuales peronistas- el peronismo expresaría

“el doble carácter de todos los movimientos nacional-populares...Desdeñoso de la democracia formal en favor de la democratización sustantiva, terminó enredando su ideología y su práctica en el pantano del ‘lopezreguismo’”. (Portantiero, 1979a: 7)

El golpe de 1976, concluye, sienta las bases de una redefinición profunda de la cuestión: el replanteo implica un reconocimiento -“la democracia formal ya no aparece como un puro reclamo liberal”- y una pregunta -“cuáles serían las bases para la estructuración de un proyecto democrático que sea a la vez político y social, formal y fundamental ¿una vuelta al pasado: a cualquier recete ideológica del pasado; liberal, socialista o populista?”-. La respuesta es negativa y a partir de ella la prédica de Portantiero se orientará al señalamiento de los cambios que hacen que ese regreso sea imposible, además de indeseable; sin embargo, otra parte de su esfuerzo se orientará a releer las tradiciones políticas argentinas, en particular la socialista, buscando elementos con los que pensar una futura compatibilización.

En su segundo número, “Controversia” incluye un suplemento sobre “los años de la crisis, 1930-1955”. No sorprendentemente, es Portantiero, que ha hecho de esos años un tema central de su reflexión, quien escribe la “Introducción” (Portantiero, 1979b). En ella vuelve sobre la crisis del 29' y sobre cómo las respuestas con las que los gobiernos conservadores buscaron enfrentarla implicaron una profunda transformación no sólo de la economía sino de la sociedad argentina toda, transformación que, al no ser comprendida por las fuerzas

políticas, habría abierto las puertas a una nueva época. Portantiero, enlazando con sus viejos trabajos acerca de los orígenes del peronismo, subraya que

“si el 17 de octubre es la negación del proceso que empezó con Uriburu, lo es porque sus fuerzas emergieron como contradicción, en el interior del régimen, autoproduciéndose calladamente como partes de la sociedad que crecía. No vinieron de fuera de aquel presente, no las traía a la historia un remoto ‘ser nacional’ oculto hasta el momento de su revelación. El giro del cuarenta y cinco tiene que ver con las formas en que surgen los movimientos históricos en las situaciones de crisis, al recomponer en un solo estallido fragmentos dispersos y por eso ignorados de nuevas estructuras y nuevas voluntades” (Portantiero, 1979b: I)

La última afirmación enlaza con la pregunta, que el propio Portantiero formula, “¿por qué repensar ahora una década como la del treinta?”. La respuesta, planteada en forma tentativa, señala la posibilidad de que en su presente se dieran no sólo similares transformaciones sino también la misma sordera de los actores para percibir las. Como veremos esta es una clave que se profundizará en artículos posteriores, la crisis de comienzos de los años 70’ marcaría el fin de una época abierta en los 30’. En la misma línea, en el artículo que forma parte del “suplemento”, Portantiero señala:

“La Argentina contemporánea vive todavía hoy, en muchos de sus rasgos de las transformaciones puestas en marcha en esos años...En rigor, los que ahora han entrado en crisis son los esquemas de adaptación de la Argentina al ordenamiento mundial capitalista que abarcan los veinticinco años posteriores a 1930” (Portantiero, 1979c: II)

Al abordar estas transformaciones, Portantiero vuelve sobre lo planteado respecto a los años 30’ en los “Estudios sobre los orígenes del peronismo” para -luego de reconstruir las alianzas políticas y sociales establecidas en esos años y destacar el alcance de las reformas económicas impulsadas por Pinedo- detenerse en la operación “transformista” iniciada por Ortiz, sobre cuyos escombros se iniciaría un nuevo ciclo en el que la reestructuración de la sociedad, impulsada por la industrialización alcanzaría al pacto estatal. El estado acrecentaría sus rasgos intervencionistas pero modificará el sentido de esa regulación poniendo como centro de la misma al intervencionismo social. Perón, concluye Portantiero, sólo lograría orientar al resto de los militares en esta dirección cuando lograra incorporar

“por primera vez en la historia argentina, a las masas organizadas y desorganizadas, a ese proletariado industrial en fusión que la década anterior había generado, como activo elemento de resolución de una crisis política. Mientras esto pasaba, todos los actores del sistema político de los 30 iban a seguir evocando los temas en los que habían quedado fijados: conservadores, radicales, socialistas y comunistas, hablarían, desde la Unión democrática, para un país que agonizaba” (Portantiero, 1979c: III)

Ese ciclo abierto por el peronismo es el que Portantiero, a fines de los años 70' considera consumado. Es desde esa mirada que Portantiero intervendrá en el debate que –sobre “Montoneros” y las posibilidades de continuidad de un “peronismo revolucionario-intelectuales como Jorge Luis Berneti, Luis Bruschtein, Nicolás Casullo y Sergio Caletti habían abierto en las páginas de “Controversia”.

En el número 8 de la revista Portantiero (1980a) publicó el artículo “peronismo, socialismo, clase obrera”. La intervención comenzaba con una toma de postura que era a la vez política y metodológica: el autor se introducía en el debate desde una óptica no peronista, señalando que podía hacerlo a pesar de no participar del movimiento porque consideraba que el peronismo podía ser observado no sólo desde la “empatía” del participante sino también con un ánimo similar a aquel con el que se considera cualquier otro proceso político. Portantiero entraba en debate con una definición el peronismo no era propiamente un “partido obrero” sino más bien una “coalición social” que reunía los rasgos de un partido laborista en las zonas centrales del país con las de un partido policlasista en las zonas periféricas. A continuación señalaba que al error de la izquierda -que, sin ver que el peronismo forma parte de la historia de la constitución de los obreros como clase, contrapuso un socialismo verbal a la “falsa conciencia” nacional popular- el peronismo de izquierda había respondido con un error simétrico: el peronismo es ya el socialismo, Evita una versión mejorada de Rosa Luxemburgo y Perón un Mao de las pampas. Portantiero cerraba su artículo señalando –en lo que puede ser visto como una autocrítica de las posiciones de “Pasado y Presente” de los 70-'que descartada la hipótesis de una evolución al socialismo, podían plantearse dos posibles evoluciones a partir del peronismo: la posibilidad de la subsistencia de la coalición peronista- lo que sería favorecido por la orientación de la política económica y el congelamiento político de la dictadura- o su disolución. En dirección a ella parecía apuntar al señalar que el peronismo, que había sido la condensación de una etapa del desarrollo de la sociedad argentina, etapa que parecía cerrada con la crisis mundial capitalista. Desde esta perspectiva el golpe del 76 era el resultado del final de un tipo de pacto estatal, lo que parecía disolver las condiciones para la coalición peronista. En esa situación Portantiero considera que la fuerza social que más rápidamente consolidaría el liderazgo sería el sindicalismo, lo que, plantea con cierta esperanza, llevaría a

“los problemas que se le plantearían a la clase obrera y a las fuerzas socialistas (o simplemente a las que aspiran a la transición hacia una democracia participativa sin llamarse

socialistas), internas o externas al peronismo, habrían de ser más parecidos a los que provoca la presencia del Labour Party a la sociedad inglesa que los que generaría una adaptación retórica de la alegoría tercermundista a la sociedad argentina” (Portantiero, 1980a: 14) Portantiero con una mirada que emparentada con el Justo de principios del siglo XX, que pensaba que la dinámica del capitalismo acabaría con ciertas particularidades nacionales y ponía los problemas universales a la orden del día, señalaba que esa evolución tenía como sostén una clase obrera que tendía a actuar como grupo de presión y no como fuerza hegemónica. Ese punto de partida, el único posible para una izquierda peronista, implicaba adoptar definiciones sobre la relación entre peronismo, clase obrera y socialismo; precisiones que, planteaba polémicamente, no podían ser aportadas por truismos como los sostenidos por quienes señalaban que “un poder de las mayorías sólo puede construirse donde están las mayorías”.⁶ Se hacía necesario abordar cuestiones como qué tipo de relación entre clase obrera y política era necesaria para plantear un paso de la acción corporativa a la hegemónica, cuestiones que, subraya Portantiero, aparecían como “europeizantes” para la retórica de los 70’ que había confiado en la posibilidad de que una tendencia revolucionaria a través de presiones pudiera reemplazar a los dirigentes peronistas u obligarlos a poner en práctica una política socialista.

Ese número 8 de “Controversia” daba cuenta también de la creación, en julio de 1980, “Grupo Socialista de discusión”. En la “declaración constitutiva” (Grupo Socialista de Discusión, 1980), los integrantes del “Grupo” señalaban el fracaso de todas las experiencias partidarias orientadas a convertir al socialismo en una opción de masas en la Argentina proponiéndose rastrear en el pasado y el presente de la política, la sociedad y la cultura para dar con las razones de esas frustraciones. Meses después la revista incluía un “dossier sobre

⁶ El destinatario parece ser Casullo quien había planteado los argumentos más sofisticados en el debate que hasta el momento se daba entre los peronistas de la revista. En el número 7 Casullo había publicado un artículo en el que –luego de discutir con las miradas clasistas y basistas que, consideraba, reemplazaban la historia real por la historia concebida, la clase en lugar de la complejidad popular y de la idea organizativa en lugar de lo espontáneo- postulaba, con Cooke- que el peronismo era la historia misma de las clases trabajadoras, por lo que concluía su intervención señalando un tránsito de la política a la cultura: “El peronismo es política que devino en historia culturizadora” (Casullo, 1980: 14) En el número siguiente continuaba su interrogación planteando “¿como producen las clases trabajadoras esa tan recitada identidad por la cual organizan, definen y legitiman su presencia política”. La cuestión, afirmaba, habría sido por quienes pensaron al peronismo desde una lógica izquierdista en lugar de tratar de comprenderlo desde las masas que lo gestaron. Desde esa perspectiva Casullo aborda las diferentes formas de concebir el peronismo- sindicalista, partidista, corporativista, basista, clasista, guerrillero- señalando que el peronismo habría neutralizado y limitado el hegemonismo de esas tendencias y agregando que el Movimiento Popular, con el que lo identifica, “sigue siendo el espacio de reconocimiento del pueblo y el modelo de lucha como perspectiva”. Por ello, concluye, “hablar de democracia transformadora, de cambio, de socialismo, fuera de sus marcos, fuera de su capacidad de alianzas, es sólo una tarea intelectual carente de sujeto en la Argentina” (Casullo, 1980: 11)

la democracia” en el que varios artículos avanzaban en esa interrogación: Mónica Blanco y Cristina Bertolucci planteaban los aportes y los límites de la democratización planteada por el yrigoyenismo y el peronismo, Oscar del Barco señalaba que desde los años 30’ el estado había abandonado su forma de política concentrada para difundirse por numerosos puntos del tejido social, en tanto Portantiero y Aricó avanzaban en una reflexión acerca de los obstáculos que el propio modo de constitución de los sujetos populares planteaba para la democracia. Portantiero (1980b) retomaba los aportes de Rosa Luxemburgo⁷ para cuestionar el modo en que tanto socialdemócratas como leninistas habían pensado la relación entre socialismo y democracia y señalar la importancia que la práctica democrática adquiere para la “constitución política de las clases”. Pero su intervención no sólo señalaba la esterilidad de la izquierda sino que, volviendo al debate con las tradiciones populistas, proponía una dura requisitoria respecto al culto al paternalismo estatal del peronismo, concluyendo que sería:

“en esta sistemática abolición de las fuerzas de la sociedad sólo usadas a coro (que los intelectuales sacralizaron como ‘espíritu del pueblo’), en este repliegue frente a la generosidad patriarcal del estado y el líder, que –desde diferentes ópticas- sigue siendo el sentido común de la práctica política en la Argentina, en donde la necesaria fusión entre permanente entre democracia y socialismo parece haber perdido sentido, triturada entre una concepción limitada sobre la democracia y un discurso mágico sobre el socialismo.” (Portantiero, 1980b: 24)

En su artículo Aricó también centraba su análisis en el nosotros popular y no en el “Otro” que oprimiría de afuera. Sostenía, polémicamente, que la debilidad fundamental de la democracia argentina nacía de la incapacidad mostrada por el movimiento obrero para superar la defensa de sus intereses corporativos para, en su papel de polo de agregación de todo el mundo popular subalterno, plantear una estrategia de transformación de la sociedad argentina (Aricó, 1980: 17). Un argumento similar sería el que guiaría su lectura de los límites con los que, más allá de sus aportes, chocaría “la hipótesis de Justo”.

⁷ Algunas de estas líneas ya habían sido planteadas en una entrevista que Portantiero había hecho a Christine Buci-Glucksmann. En el breve texto que antecedía la nota Portantiero señalaba que la socialista francesa formaba parte de una generación europea que intentaba combinar “la lucha por la liberación, en el sentido marxista clásico, con el nuevo sentido de la lucha por la libertad”. En esa combinación, señalaba, tenía un papel relevante el movimiento eurocomunista al que se veía como “tercera gran etapa” del movimiento socialista internacional. Pero ese papel no lo cumpliría un eurocomunismo liberal -que apelaba a Bernstein y Kautsky contra Lenin, sin ver que en la 2ª Internacional había rasgos compartidos con el leninismo, como la reducción de la democracia a una forma estatal, o la concepción instrumentalista del estado-; sino un eurocomunismo de izquierda que, apelando a una tradición sustentada en Rosa Luxemburgo, Gramsci y el austromarxismo-conectara con los partidos socialistas pero también con todos los partidos demócratas revolucionarios que buscaban una nueva estrategia de masas nacional y popular.

En agosto de 1981 salió a la calle el último número de “Controversia”. En él se incluía un largo artículo en el que Portantiero volvía, en este caso junto a Emilio de Ipola, sobre la relación entre populismo y socialismo. El texto, titulado “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, se proponía indagar las condiciones que hicieran posible plantear la “construcción de ‘lo socialista’ en el interior de ‘lo nacional popular’”. La tesis del artículo, que los autores subrayaban explícitamente, era que no había continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. El populismo, subrayaban

“constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo deifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, transformando el campo popular en base a la distinción entre ‘amigo’ y ‘enemigo’”⁸

Los autores señalan que en la lucha política de clases bajo el capitalismo operan dos principios centrales de agregación el “nacional-estatal” y el “nacional-popular”. En el primero el Estado, forma “universal” de una dominación, opera como articulador de lo “nacional”, que, a su vez, es definido como el sentido de la reproducción de la sociedad. La vinculación entre nación y Estado permite una superación ilusoria de las parcialidades del cuerpo social fragmentado. Los conflictos son fragmentados por una lógica corporativa y es el Estado quien reconcilia esas particularidades. Pero si el Estado no puede seguir corporativizando lo político planteándolo como choques particulares al interior de un orden legítimo, la masas intentan recuperar para sí el sentido de lo nacional enajenado en el Estado, se da un proceso de desagregación de lo “nacional-popular” en relación a lo “nacional-estatal”.

Los autores recuerdan que tanto Estado como pueblo son construcciones sociales, el Estado es construcción compleja de las clases dominantes, el pueblo de las dominadas. El pueblo no es una comunidad homogénea de cultura. En polémica con lo expresado por los intelectuales peronistas en anteriores números de “Controversia”, subrayan que las tradiciones populares no constituyen un todo coherente en el que se condensa la resistencia a la opresión, sino que este es un aspecto mezclado con otros. Por ello los “populismos realmente existentes” no pueden ser “una articulación antagónica de las demandas nacional-populares, frente al

⁸ Los autores, anticipando posibles objeciones, señalan que tienen una valoración positiva de los populismos latinoamericanos: estos representarían un “transformismo progresivo” que habría puesto en marcha procesos de cambio de hegemonías oligárquicas. Sin embargo, repiten, no habría continuidad entre estas experiencias y el socialismo ya que aunque ellas estimulan el “espíritu de escisión” de las masas, montan sobre él una operación transformista.

principio de dominación”. Por ello, la estadolatría y el autoritarismo no serían en los “populismos realmente existentes” una desviación sino la realización consecuente su concepción organicista de la hegemonía, que hace que los antagonismos populares contra la opresión se desvíen hacia la recomposición del principio nacional-popular que organiza desde arriba a la comunidad, representando “el espíritu del pueblo” en el Estado y en el jefe.

En este punto los autores pasan a abordar el caso argentino señalando que en el peronismo se dio por primera vez⁹ “un principio de identidad a la identidad “pueblo”. Sin embargo, puntualizan, estos rasgos positivos se vieron acompañados de limitaciones insuperables.

Estas son planteadas en explícita clave althusseriana:

“las modalidades bajo las cuales el peronismo constituyó al sujeto político ‘pueblo’ fueron tales que conllevaron necesariamente al sometimiento de este al sistema político instituido...el peronismo constituyó a las masas populares en sujeto (el pueblo), en el mismo movimiento por el cual –en virtud de la estructura interpelatoria que le era inherente-sometía a ese mismo sujeto a un Sujeto Único, Absoluto y Central, a saber, el Estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe ‘carismático’” (de Ipola y Portantiero, 1981: 12)

Así los elementos nacional-populares que figuraron en la ideología peronista lo hicieron en el marco de una lógica que los llevaba a depositar en el Estado y en el jefe máximo, la palabra decisiva.¹⁰

Antes de concluir el artículo los autores discuten con la que tal vez fuera la formulación más sofisticada de la teoría del populismo, la de Ernesto Laclau, quien señalaba como rasgo del populismo la articulación de las demandas popular-democráticas bajo la forma de un antagonismo irreductible a la lógica dominante. Frente a ello señalan que si bien los regímenes populistas históricamente constituidos han planteado una contradicción irreductible frente al bloque de poder ninguno ha colocado en sus interpelaciones

⁹ Portantiero y de Ipola plantean que el irigoyenismo habría sido un antecedente parcial. El irigoyenismo no produjo un principio de identidad que se sustentara en el conjunto de las clases populares, esto se relaciona con que las clases subalternas en la Argentina “vivieron también otras experiencias-el anarquismo, el socialismo- menos insensibles a lo ‘popular’ de lo que una cierta historiografía tiende a pensarlo”. Como dijimos el rescate de cierta tradición popular de izquierdas y la interrogación acerca de su relación con la tradición populista constituía ya en esos días el objeto de la interrogación de José Aricó y, en años venideros, ocuparía también a Portantiero.

¹⁰ En este punto los autores reconocen que, como señalaba Oscar Landi, los discursos de Perón, como los de cualquier otro dirigente eran retrabajados y transformados por sus receptores, pero, argumentan en polémica con los intelectuales populistas: esta “recepción creativa” no habría logrado superar la “ideo-lógica del populismo peronista y su constituido componente nacional-estatal” El liderazgo de Perón habría logrado convertir las rebeldías en insumos para la implementación de políticas con otros horizontes que los pretendidos por los protagonistas. Podría decirse que, gracias a la asimetría de poder, la recepción creativa, que Perón hacía de esas recepciones creativas que de su discurso hacían los peronistas, se habría impuesto.

constitutivas un antagonismo con el “principio mismo de la dominación (el Estado)”. Ningún populismo, repiten, ha sido antiestatal, sino que por el contrario, ha acordado siempre al Estado un papel positivo y central, en tanto esa fetichización del Estado es combatida por la ideo-lógica del socialismo.

Cuando “Controversia” deja de publicarse Portantiero continúa su interrogación sobre las tradiciones políticas argentinas en las páginas de “Punto de Vista, revista que desde 1978 se editaba en Buenos Aires, y en la que en agosto de 1982 publica el artículo “Nación y democracia en la Argentina del Novecientos” (Portantiero, 1982). En él relaciona la difícil relación entre el tema de lo democrático y el tema de lo nacional en la Argentina con el complejo modo de constitución de los populares, constitución que, enfatiza, se había dado en una sociedad con un fuerte componente inmigratorio en el que, sin embargo, los inmigrantes –lo que en buena parte equivalía a decir los obreros- estaban excluidos de la vida política. Estas condiciones, señala, hacían difícil la construcción de una idea moderna de “pueblo” pero no eliminaban la cuestión de la identidad nacional que tomara en cuenta a los viejos criollos, a los inmigrantes y a los hijos de éstos. En este marco los socialistas se proponían construir un sistema político que expresara a las nuevas fuerzas sociales, incorporando al inmigrante a la práctica ciudadana. Para ello construirían extensas redes de socialización, pero éstas, lamenta Portantiero, verían limitada su eficacia por una concepción pedagógica de la política que, al despreciar “los resortes emocionales, maniqueos, de la comunicación” no pudo plantear más que un discurso elitista. Sería el radicalismo quien, “al agregar a sus reivindicaciones federales, criollistas, el impulso a la ‘argentinización’ de los hijos de los inmigrantes” lograría conformar una coalición que le permitiría una acción de masas exitosa. Pero la hegemonía que el discurso “nacionalista” del yrigoyenismo lograría alcanzar en la producción de “lo nacional-popular” se mostraría efímera ya que en él los elementos provenientes de diferentes campos discursivos estaban débilmente articulados y no podían coexistir. El resultado sería el triunfo del peronismo y, con él, de las narraciones que hacían comenzar la historia obrera en 1945.

Conclusión

A su regreso a la Argentina Portantiero y Aricó se integraron al Consejo de Dirección de “Punto de Vista”. A mediados de 1984, los miembros del viejo grupo de “Punto de Vista” y

los integrantes del “Grupo socialista de discusión” se unieron para fundar el “Club de Cultura Socialista”. El “Club” proponía –tal como rezaba su “Declaración de Principios”– una renovación de la cultura de la izquierda, renovación que no sólo implicaba el, tantas veces señalado, privilegio de la “cuestión democrática”, sino también la crítica del legado estatista que, en sus vertientes leninistas o socialdemócratas, había postulado al Estado como “el instrumento privilegiado -por no decir único- de la transformación social y que concibe al socialismo como un orden que se construye de arriba abajo” (Club de Cultura Socialista, 1984). Sería en ese marco que la figura de Justo –en tanto promotor de reformas “desde abajo”, desde una contrasociedad organizativa estructurada en torno al PS; enfrentado al “mito popular que veía al estado como constituyente”– sería, más allá de las críticas a sus ilusiones racionalistas, reivindicada.

Sin embargo, en los años que siguieron a su regreso al país, Portantiero no continuaría con la lectura de tradición socialista argentina que había esbozado en México. Por ello ni sus intervenciones en sede académica ni sus artículos en “Punto de Vista” o “La Ciudad Futura”¹¹ analizarían las tradiciones políticas locales –ni la socialista, ni la peronista, ni siquiera la radical, a la que, más allá del vínculo con Alfonsín, nunca dedicó un análisis específico–. El triunfo de Alfonsín parecía haber cortado el nudo gordiano de la tradición populista argentina y con él los debates, tan centrales en los años del exilio, acerca de la relación entre populismo y socialismo. Para Portantiero, que ya en “Controversia” había señalado que las transformaciones de los años 70’ habían cerrado el “ciclo peronista” abierto por las de los años 30’, las referencias centrales del nuevo tiempo se vinculaban con la democratización y la modernización económica, encontrando en el liderazgo de Alfonsín la figura capaz de orientar a la Argentina en esa dirección.¹²¹³. Antes que la búsqueda de

¹¹ En 1986 comenzó a publicarse la revista “La Ciudad Futura” que Portantiero dirigía junto a José Aricó y Jorge Tula. Aunque continuó en el Consejo de Dirección de “Punto de Vista” puede decirse que a partir de ese momento la nueva revista fue el principal canal de la vocación político-intelectual de Portantiero. En los primeros tiempos sus intervenciones en LCF tampoco abordaban la tradición socialista argentina, tema que sí era objeto de análisis de otros intelectuales como Ricardo Nudelman (1986) u Oscar Terán (1986b).

¹² El análisis de la relación que Portantiero, y otros intelectuales que como él integraban el “Grupo Esmeralda”, establecieron con Alfonsín excede con mucho los marcos de este análisis. Si hacemos referencia a este vínculo es para señalar que en los años en los que, al menos hasta 1987, la fuerza de la promesa transformadora ligada al liderazgo alfonsinista colocó en un segundo plano el interés por la tradición socialista argentina.

¹³ El tercer número se cerraba con un artículo en el que Oscar Terán volvía sobre la figura de Alejandro Korn a quien ya le había dedicado un inaugural artículo (Terán, 1986a) publicado poco antes en la compilación “En busca de la ideología argentina”. Pero el artículo publicado en “La Ciudad Futura” se caracterizaba por concluir en una vena más propiamente política, subrayando algunos puntos de la obra de Korn –su valoración del gesto

herencias en las tradiciones políticas argentinas, la tarea de la hora pasaba por la instauración de una “frontera” (Aboy Carlés, 2001) que cerrara con un pasado que operaba como el “otro” contra el que se recortaba la fundación de la “nueva república” prometida por Alfonsín. Para esa tarea Portantiero apelaría a un concepto que apelaba a la novedad de una instauración radical: el del pacto.¹⁴

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo (2001): “*Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem.*” Rosario, Homo Sapiens.
- Aricó, José: “Pasado y presente”. *Pasado y Presente*, nº 1, 1963.
- Aricó, José: “Ni cinismo ni utopía”. *Controversia*, nº 9-10, 1980.
- Assadourian, Carlos: “Un ataque a la historia en nombre del marxismo”, *Pasado y Presente*, nº 4, 1964.
- Casullo, Nicolás: “El pueblo produce las formas y los contenidos políticos”. *Controversia*, nº 7, 1980.
- Club de Cultura Socialista: *Declaración de principios*, en <http://www.clubsocialista.com.ar>
- Comisión de apoyo y movilización: “Declaración de apoyo al FREJULI”. *Pasado y Presente*, nº1 (nueva serie), 1973.
- de Ipola, Emilio y Juan Carlos Portantiero: “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. *Controversia*, nº 12, 1981.
- de Ipola, Emilio y Juan Carlos Portantiero: “Crisis social y pacto democrático”. *Punto de vista*, nº 21, 1984.
- Grupo Socialista de discusión: “Declaración constitutiva”. *Controversia*, nº 8, 1980a.
- Jorge, Faustino: “La Asociación Internacional de Trabajadores en la Argentina” *Pasado y Presente*, nº 5-6, 1964.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Nun, José y Juan Carlos Portantiero: *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- Pasado y Presente: “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”. *Pasado y Presente*, nº1 (nueva serie), 1973a.
- Pasado y Presente: “Temas”. *Pasado y Presente*, nº2-3 (nueva serie), 1973b.
- Pasado y Presente: “La crisis de julio y sus consecuencias políticas”. *Pasado y Presente*, nº2-3 (nueva serie), 1973c.
- Portantiero, Juan Carlos: “Política y clases sociales en la Argentina actual”. *Pasado y Presente*, nº 1, 1963.

con el que Justo aunaba la herencia alberdiana con los reclamos de justicia social y su postulación de una nueva ética a partir de la cual emprender la empresa de unificación de las fuerzas proletarias-, que respondían a las necesidades contemporáneas y que, por eso, hacían que su lectura no fuera sólo litúrgica o académica.

¹⁴ El centro de su preocupación pasaba por las condiciones del “pacto democrático”, tema que sobrevolaba sus tres artículos en los “Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina” (Nun y Portantiero, 1987) y que merecía un artículo en clave de teoría social, escrito junto a Emilio de Ipola, y publicado en “Punto de Vista” (de Ipola y Portantiero, 1984)

- Portantiero, Juan Carlos: "Un análisis 'marxista' de la Argentina". *Pasado y Presente*, nº 5-6, 1964.
- Portantiero, Juan Carlos: "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual". *Pasado y Presente*, nº1 (nueva serie), 1973.
- Portantiero, Juan Carlos: "Economía y política en la crisis argentina", *Revista Mexicana de Sociología*, nº 2, 1977.
- Portantiero, Juan Carlos: "Proyecto democrático y movimiento popular". *Controversia*, nº1, 1979a.
- Portantiero, Juan Carlos: "Introducción (a Argentina: los años de la crisis, 1930-1955)". *Controversia*, nº 2-3, 1979b.
- Portantiero, Juan Carlos: "Transformación social y crisis de la política". *Controversia*, nº 2-3, 1979c.
- Portantiero, Juan Carlos: "Peronismo, socialismo, clase obrera". *Controversia*, nº 8, 1980a.
- Portantiero, Juan Carlos: "Los dilemas del socialismo". *Controversia*, nº 9-10, 1980b.
- Portantiero, Juan Carlos: "Nación y democracia en la Argentina del Novecientos" *Punto de Vista*, nº14, 1982.
- Ratzer, José: *Los marxistas argentinos del 90'*. Córdoba, Pasado y Presente, 1969.